



Ruben E. Hallu
Rector de la Universidad de Buenos Aires

ADN DE LOS ARGENTINOS

La pregunta sobre la existencia de una estructura identitaria de los argentinos no se limita a un lugar común del saber popular sino que interpela a la mayoría de las disciplinas, y eso justifica su elección como tema central de este número de Encrucijadas.

Las ciencias proveen respuestas basadas en análisis rigurosos y comprobaciones empíricas, pero no por eso rotundas e irrefutables, en la medida en que no todo lo que nutre al imaginario social es reducible a la mensura objetiva.

Sin embargo, tales respuestas le dan al debate una dirección y trazan, en principio, dos líneas divisorias: la primera de ellas es la que permite separar los mitos y representaciones colectivas, que tienen un rasgo sapiencial legítimo, de los reduccionismos discursivos que aspiran a inculcar una “causa patriótica” en la que los intereses de un sector se presentan como idénticos a los de toda la sociedad.

El segundo meridiano divide, pero ya no como opuestos sino como complementarios, por un lado los distintos comportamientos y experiencias sociales y colectivas sobre los que se teje la rica y compleja trama de la vida cotidiana, sus logros, sus pérdidas, sus realizaciones y sus expectativas, y por el otro los deseos, los alegatos, las explicaciones y las percepciones desde las que intentamos, con suerte varia, atribuirle un conjunto de sentidos a esa realidad.

Por eso la Universidad, mediante el ejercicio de las diferentes disciplinas y las voces de los expertos, arroja para esta publicación un resultado múltiple y polimorfo, y a la vez también unánime: existen rasgos de comportamiento que identifican a la “personalidad” plural de los argentinos, pero son definitivamente culturales, no genéticos. Toda búsqueda de una herencia invariable y original ha fracasado, no solamente por su carácter dogmático y anticientífico, sino también – y especialmente – por su sesgo autoritario, que sacraliza a “la tradición” como única fuente de verdad.

La recuperación de la democracia y la experiencia de

continuidad en un estado de Derecho más larga de nuestra historia han generado, respecto del tema de la identidad, una serie de cambios muy positivos, tanto en los criterios diagnósticos como en el compromiso de remover conductas que conspiran contra el bien común.

Por una parte, pudieron ponerse en evidencia, en un clima de libertad irrestricta para la controversia y el debate, ciertos rasgos que dominaron la cultura social y política de los argentinos durante más de un siglo: la anomia, la solidez de las corporaciones frente a la debilidad de las instituciones de la república, la excelencia del emprendimiento individual en contraste con la opacidad de la creación conjunta, el escepticismo moral.

Por oposición, la democracia permitió ir produciendo agendas de análisis crítico y promoción del cambio, con resultados aún inmaduros en muchas áreas, pero con una dirección hacia una mejor conciencia social que se avizora como reversible. Desde luego, quedan importantes focos de anomia y negligencia que se advierten en núcleos aún resistentes al cambio, como la grave accidentología vial o la indisciplina en la gestión de la basura, y también grados aún notables de indiferencia o negación frente a variados cuadros de vulnerabilidad y sufrimiento.

Pero las buenas noticias son que la condena social a esas conductas lesivas es cada vez más fuerte, que la solidaridad y la aceptación de lo diverso crecen y se consolidan y, por sobre todo, que la misma discusión que se refleja en parte en estas páginas de Encrucijadas ya no genera – salvo en minúsculas trincheras recalcitrantes – ofensa alguna al “ser nacional” o a supuestos “valores” que no son sino retórica vacía.

A la vez, también es una excelente noticia el reconocimiento de los pueblos originarios, no solamente como sujetos de derechos, sino también – y especialmente – como otras legítimas raíces del mestizaje multicolor que fue constituyendo lo que somos y lo que hacemos como nación.